

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Los Huevos de Pascua [conclusion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Escolástica [continuacion], por doña Micaela de Silva.—LAMINA: Grabado de Modas.

EDUCACION É INSTRUCCION.

INDOLENCIA.



RESENTAMOS el mal en nuestro anterior artículo, y debemos presentar el remedio. Todo veneno tiene su antídoto. El defecto de la indolencia debe ser corregido, y aun cuando la jóven indolente ponga cuanto esté de su parte, no basta, tiene que ser ayudada y estimulada.

Uno de los mas seguros medios de combatir la indolencia, es el de mostrar sus efectos; algunas veces en la esperiencia ajena, y mas frecuentemente en la personal. Conducidla á una casa donde halle una de sus compañeras que adolezca del mismo defecto, y le será enojosa esa visita, querrá evitarla y sufrirá si se le obliga á ella. La encuentra medio vestida para ir á paseo, y como nunca falta una persona de interés que pueda quedarse con ella, la dice que sus padres, convenidos de la necesidad de un paseo agradable, han esperado con paciencia que su hija estuviese pronta para acompañarlos, y viendo que se disponia perezosamente, segun su costumbre, y que nunca acababa, se marcharon, y la han dejado en la casa, para que reflexione sobre los efectos de su indolencia. Mírese entonces á la jóven sin decir una palabra; si ha escuchado atentamente, si una especie de reflejo de la vergüenza que experimenta su compañera viene á colorar su rostro, la leccion será buena, y de efecto, si no se olvida recordarla lo que es necesario con palabras ó con hechos.

Este ejemplo en una jóven de buenos sentimientos y de educacion, no puede menos de ser eficaz.

2.^a ÉPOCA.

Como la indolencia parece un sueño del espíritu, ó mas bien una pesadez letárgica, puede ser útil sacudirla alguna vez por un contraste súbito é imprevisto. Loke recomienda buscar si hay alguna cosa que sea mas especialmente propia á estimular la pereza en la niñez, como la ternura por sus padres, el temor de la repreension delante de alguna persona estraña, el atractivo de tal ó cual distraccion, y no vé inconveniente en emplear de una manera enérgica el estimulante escogido, sobre todo, cuando la indolencia es natural, y no solamente adquirida. Cuando una niña tiene gran deseo de un dije, ó un pequeño adorno propio de su edad, prometérselo, si puede comprársele con ocho dias de anterioridad. Arriesgar el dejarla adquirir un poco de coqueteria, si de ello puede resultar la fuerza de vencer este sueño funesto. Corrijase desde luego el defecto inveterado, y será mas fácil curar en seguida lo que haya resultado en el combate.

El ejemplo, el empleo de estimulantes activos, son dos medios que creemos eficaces para luchar contra la indolencia; pero hay un tercero que debe mezclarse á los anteriores, y que conviene especialmente en la época de la adolescencia; y es el de dirigirnos á la razon de nuestra discípula para interesar su juicio y ponerle de nuestra parte.

Aunque se llame la costumbre una segunda naturaleza, nos parece que un defecto, nacido de la costumbre, mas bien que inherente al natural de una criatura, es mas fácil de destruir por el razonamiento. Aplicamos, pues, á la indolencia adquirida este nuevo precepto.

La madre de familia, reuniendo sus recuerdos, se dará fácilmente cuenta de las causas primitivas de la indolencia de su hija. Si se convence que este defecto, resulta, sobre todo, de una costumbre contrada, la aconsejaremos mezclar frecuentes conversaciones á las enseñanzas de la esperiencia. Así hará una llamada al juicio de su hija; la preguntará si no experimenta alguna vez un sentimiento, y casi

un remordimiento, de perder una parte de su tiempo y de su vida en la languidez. Puede repetirla que, si ama á su madre escuchará su voz en esta circunstancia; y escuchándola la jóven puede hallar poco á poco, en virtud de algunos esfuerzos, hábitos de actividad que desconoce. Estos consejos no deben de ser largos, pero sí frecuentes, porque reproducidos con perseverancia, despertarán al fin en el fondo del corazón de la jóven, un sentimiento adormecido ú olvidado. La pérdida dulzura de la indolencia, que parece tan cómoda manteniendo ciego el espíritu, se le presentaría bajo su verdadera fisonomía. Haga la jóven un primer esfuerzo, y el éxito es seguro.

— Cuando la indolencia parece resultado del temperamento de la jóven, entonces es cuando mas necesita de su razón, porque este es uno de los medios universales de una educación bien entendida, y no creemos en esa especie de fatalidad materialista que nos condena á mirar tales ó cuales defectos como inherentes á nuestra constitución. De todas maneras, los hechos obrarán con gran fuerza, y los sacudimientos imprevistos serán poderosos.

En este último caso, la crisis del desenvolvimiento físico que se manifiesta en las jóvenes á la edad de la adolescencia, puede favorecer el desenvolvimiento de la actividad moral, y la sacudida dada al temperamento por la naturaleza ayudará singularmente á destruir la indolencia.

Ya ven nuestras jóvenes lectoras si tiene importancia la indolencia por las funestas consecuencias que puede atraer, y si les conviene, bajo todos conceptos combatirla, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, que no lo serán si poseyendo solo una mediana educación, hay la instrucción suficiente, siquiera para hacer que la razón ocupe el lugar debido.

A. PIRALA.



LOS HUEVOS DE PASCUA.

Conclusion.

Mi padre aprobó mi inclinación, y yo tuve el gusto de ofrecer á mi dueño un amor sincero y una fortuna considerable: nuestra unión fué tan dichosa como merecía serlo, y cada día el cielo nos concedía alguna nueva ventura. El Conde disimuló por entonces su enojo, no sin jurar vengarse de mi desaire.

Obligado el Emperador á partir á la guerra que ha tiempo sostenía contra los enemigos de la religión, llamó á su lado á todos los nobles del país. Mi marido acudió al llamamiento, y el Conde, que debía haber partido también, encontraba siempre pretextos para diferir su marcha. Cuando supo que mi esposo se cubría de gloria en la guerra, el odio que á todos nosotros encerraba en su corazón estalló repentinamente, y cayendo sobre nuestros dominios indefensos, se apoderó de todos ellos, sembrando el espanto entre nuestros vasallos. Yo entonces abandoné sigilosamente el castillo que habitaba, llevando conmigo á mis dos hijos y al fiel Bruno, que en todo este tiempo ha sido mi ángel tutelar. Entonces fué cuando sin saber adónde dirigirme vine á este valle, en el que recibí de todos vosotros tan generosa hospitalidad.

Aquí instalada, mi objeto era esperar que mi esposo volviese de la guerra y arrancase nuestros bienes de mano de mi infame perseguidor: por esta razón Bruno se ausentaba á menudo para traerme nuevas de mi país, que siempre eran por cierto bien tristes. El Conde continuaba disfrutando mis riquezas, y la guerra era cada vez mas incierta. Hacia ya un año que el infeliz anciano ha perdido la salud, y desde ese tiempo no tengo noticias de mi patria ni de mi querido esposo. ¡ Hé aquí todas mis desgracias! Quizá mi esposo no existe ya, quizá mi enemigo ha descubierto mi retiro, ¡ y qué será entonces de mis hijos, Dios mio! porque yo estoy cierta que moriré de dolor.

Oswaldo, amigo mio, enterad á los carboneros todos de mi posición, y suplicadles que no me pierdan.

— Perderos! exclamó el molinero, estad tranquila, señora, cualquiera de ellos daría su vida por salvaros. Si ese infame Conde tuviese la audacia de presentarse aquí, pasaría sobre todos nosotros antes de llegar hasta vos.

No en vano el molinero había respondido de la lealtad de sus vecinos. Todos, cuando éste les informó del peligro que amenazaba á la noble extranjera, juraron defenderla mientras conservasen un átomo de vida.

¡Estos eran los efectos de la gratitud! ¡Estas eran las admirables consecuencias de unos cuantos huevos, que consideramos tantas veces de tan poco valor! ¡Así la Providencia, que hace brotar de una pequeña semilla una hermosa planta, inspira á nuestro corazón los mas puros sentimientos por medio de cualquiera de sus mas insignificantes dones!

VII.

Un huevo rodeado de perlas y de oro.

Por mas que el molinero hubiera tratado de tranquilizarla, la señora permanecía inquieta y agitada: encerrada siempre en su pobre casa, no se atrevía á traspasar su puerta, ni permitía á los niños separarse de su lado. Cuando pasó algun tiempo, y todos sus vecinos la aseguraron que ningun caballero se habia vuelto á ver por aquellos contornos, se aventuró en un hermoso día á salir de su prision.

Su primera visita fué á la ermita, que como hemos dicho se hallaba algo lejos del valle, y que desde que la dama habitaba en él habia mejorado notablemente. Esta capilla, situada al pié de una roca, ó mas bien labrada en ella misma, estaba rodeada de árboles, adorno que Bruno habia puesto en sus ratos de ocio, y en un altar se veía un hermoso cuadro que representaba *La huida á Egipto*, y que tambieu el fiel criado habia traído en una de sus escursiones por si su asunto podia prestar algun consuelo á su señora.

Ésta llegó á la capilla, se arrodillo al pié del altar con sus dos hijos, y vertió copiosas lágrimas pensando en la Madre del Redentor, obligada como ella á refugiarse con su hijo en un suelo extraño. Concluyó de orar y salió de la ermita, sentándose allí cerca, á la sombra de los árboles, mientras sus hijos, corriendo y jugueteando se alejaron de ella.

Sola, y sumida en una profunda meditacion, no advirtió que un hombre vestido de peregrino habia salido de entre las rocas y se dirigia á ella. Su porte era noble, y aunque parecia de edad muy avanzada, su paso era firme y seguro: sus largos cabellos blancos venian á unirse con su larga y nevada barba, haciendo resaltar mas la espresion juvenil de su fisonomía. Rosalía cuando le vió delante de sí se sobrecojió, y contestó con temor á su respetuoso saludo. El peregrino dijo entonces:

—Noble señora, tranquilizáos y confiad en mí que os conozco hace mucho tiempo. Sé que sois Rosalía de Borgoña, y estoy enterado de todas vuestras desdichas: vengo á traer noticias de vuestro esposo, si por fortuna su recuerdo vive aun en vuestro corazón. La guerra se terminó, y el ejército cristiano ha vuelto victorioso á sus hogares. Arnaldo ha recon-

quistado todos vuestros bienes, y el infame que se apoderó de ellos ha tenido que huir vergonzosamente. Se refugió primero en estas montañas, de donde ha sido tambien arrojado por vuestro esposo, que no tiene hoy mas que un deseo, el de volver á encontrar á su esposa querida.

—Ah, Dios mio! exclamó Rosalía, qué dichosa noticia. Yo te bendigo Dios de misericordia, dijo la pobre madre, cayendo de rodillas; al fin te han conmovido mis lágrimas, y has escuchado mis súplicas. Arnaldo! esposo mio, dónde estás que no vienes á estrechar á tus hijos en tus brazos?

Despues levantándose y dirigiéndose al peregrino exclamó:

—Me preguntábais si la memoria de mi esposo vive aun en mí? Venid, hijos míos, llegad, dijo á Eduardo y Blanca, que examinaban con timidez al desconocido. Ven, Eduardo mio, no temas, y repite la oracion que todos las mañanas elevamos á Dios por tu ausente papá.

El niño cruzó sus manecitas y principió de esta manera:

—«Dios Todopoderoso, ten piedad de estos pobres huérfanos, y devuélveles á su padre que ha ido á combatir por la religion y por la patria. Vela por sus días, sálvale de todo mal, y nosotros te ofrecemos ser buenos y obedientes para que él nos quiera mucho cuando nos vuelva á ver. Dios misericordioso, escucha nuestra oracion.»

—Y tú, Blanca, dijo la señora á la niña, repite la que le dirigimos todas las noches. La niña alzó al cielo sus ojos y exclamó con voz dulce:

—«Padre nuestro, que estás en los cielos, antes de entregarnos al descanso permite que te roguemos por el buen papá que nos has concedido en la tierra. Haz que un dulce sueño cierre sus ojos, que tus ángeles velen á su lado para preservarle de todo mal, y que esta noche sea la última que estemos de él separados.»

—Amen! Amen! repitió la madre elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.

Enternecido con esta escena el peregrino, arrojó su barba, sus cabellos postizos, su traje, y apareció joven y vestido con riqueza, exclamando:

—Rosalía, Eduardo, Blanca! Esposa mia! Hijos míos!

Rosalía llevo la mano á su pecho para contener los latidos de su corazón que querian ahogarla, y permaneció inmóvil de sorpresa y felicidad. Los niños, que primero habian experimentado algun temor, se quedaron sorprendidos al ver aquella transformacion, y creyeron que se realizaba uno de tantos cuentos de hadas que les habian referido. Su alegría no tuvo límites cuando su mamá les dijo que aquel caballero era su padre, aquel padre tan querido y

llorado por ellos. Esposos é hijos permanecieron abrazados largo rato, trémulos de alegría.

Pasada su primera emocion el Conde dijo á su esposa, que habia ido á buscarla con una numerosa comitiva, que por el mal estado de aquellos caminos se habian visto obligados á detenerse, y que él no queriendo prolongar ni un instante mas la separacion, se puso aquel traje de peregrino (disfraz muy usado en aquella época), y se habia dirigido en su busca. La Condesa le preguntó entonces cómo habia tenido noticia de su retiro.

—Nuestra reunion, querida Rosalía, es el resultado de tu caridad con los pobres, y de tu generoso cariño á los niños del valle. Dios para recompensarte no ha querido que tus hijos estuviesen mas tiempo lejos de su padre. Mira, dijo, presentándola un huevo que tenia grabada esta máxima:

Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.

—Dios escuchó la tuya y nos reúne por medio de este huevo. Hacia mucho tiempo que mis gentes vagaban por este pais procurando adquirir noticias tuyas, y siempre en vano: un dia Alberto, uno de mis escuderos, volvió despues de una larga ausencia, cuando yo ya le juzgaba muerto. Me refirió que habia caido con su caballo en un precipicio, donde le salvo la vida un jóven generoso con esposicion de la suya: que aquel jóven le dió para satisfacer su apetito un par de huevos cocidos, y que á fuerza de repetidas instancias pudo alcanzar de él que le diera otro que tenia grabada esta consoladora máxima: al punto reconocí tu letra, y tomando nuestros caballos nos encaminamos á casa del marmolista donde vivia el salvador de mi escudero, y él nos ha guiado hasta aquí. De modo que si tú no te hubieras interesado por la educacion de los niños, dándoles estas sentencias tan cristianas, quizá no nos hubiéramos vuelto á ver. Comprended ahora, hijos míos, que una buena accion nos alcanza la proteccion divina, y que la caridad tiene su recompensa en la tierra. ¡No lo olvidéis! Socorred á los pobres, consolad á los que sufren, sed misericordiosos, y obtendreis misericordia. Recordad siempre los sucesos presentes y os convecereis de que si confiais en Dios, él no os abandonará.

Despues dijo á Rosalía queria engastar en un círculo de oro y perlas aquel huevo causa de su feliz reunion, y colocarle en el altar de la capilla del castillo.

La noche los sorprendió en su grata conferencia: a azulada bóveda se mostró tachonada de innumerables estrellas, y la suave claridad de la luna iluminó aquella familia dichosa.

El Conde se encaminó con su esposa é hijos á la modesta casa que ellos habitaban. Federico y Alber-

to los habian precedido, y a visado al anciano criado de la vuelta de su señor. Cuando el matrimonio llegó á la casa el Conde abrazó cariñosamente á Bruno, y estrechó entre las suyas la mano del molinero. Federico se adelantó á saludar á la Condesa y á los niños, y Alberto inclinándose con profundo respeto, la dijo con emocion:

—Permitidme, señora, besar vuestra generosa mano, que con la ayuda de Dios, me ha salvado de una muerte horrible.

El dia siguiente fué un dia de júbilo en el valle. En cuanto supieron los carboneros que un gran señor, esposo de la extranjera, habia llegado, todos prorumpieron en exclamaciones de alegría, y corrieron á conocerle y felicitarle. El Conde les manifestó su agrdecimiento por los cuidados que su esposa les habia merecido, y ellos respondieron:

—¡No nos deis las gracias, señor! Ella es quien nos ha colmado á nosotros de beneficios.

En aquel instante llegó al valle guiado por el molinero todo el acompañamiento del Conde, y los carboneros se quedaron atónitos al escuchar el eco de los clarines, y al ver tanto número de caballeros y escuderos, cuyas armaduras brillaban como otros tantos soles.

Todos vinieron á rendir sus homenajes á la Condesa, y á manifestarla el placer que tenian en volverla á ver.

El Conde quiso permanecer algunos dias bajo el mismo techo que habia cobijado á su esposa en los dias de su desgracia, y la vispera de su partida dió una gran funcion á todos los habitantes del valle, viéndose confundidos en la mesa aquellos sencillos aldeanos con el Conde y los señores de su comitiva. Cuando se terminó la comida el Conde les repartió algunos objetos de valor. Marta siguió á la Condesa, y la suerte de Federico y su familia tambien quedó asegurada. Acariando á los niños les dijo el Conde:

—Para que conserveis la memoria de mi esposa voy á instituir una fiesta, que se celebrará todos los años en igual dia, en la que se os distribuirán huevos de colores.

—Y yo, dijo la Condesa, quiero que esta fiesta sea general en todo el Condado: cada niño recibirá un huevo de color en memoria de mi libertad.

Esta promesa fué exactamente cumplida, y aquellos huevos fueron llamados *Los huevos de Pascua*.

Bien pronto esta costumbre se estendió á otros paises, cuyos habitantes repetian:

—La fiesta que recuerda la libertad de una esposa virtuosa y la salvacion de un jóven de una muerte horrible, nos interesa á todos; y ademas *Los huevos de Pascua* nos recuerdan otra libertad mas importante: la de nuestra alma de las cadenas del pecado. El dia de la Pascua es el verdadero dia de la

libertad, y debe ser agradable á los ojos de Dios que los niños lo celebren.

—Esta piadosa costumbre mantendrá mas vivo entre nosotros el recuerdo de la tierna solicitud del Omnipotente con sus criaturas. El Apóstol de la verdad ha dicho: «¿Hay un solo padre que quiera dar á su hijo un escorpion en lugar de un huevo? Pues si vosotros sabeis dar á vuestros hijos lo que les conviene, estad seguros de que Dios dará á aquel que con fé le implorare el mas inapreciable de todos sus dones: su santa gracia.»

JOAQUINA G. BALMASEDA.

ESCOLÁSTICA.

(CONTINUACION.)

—Pero el mio es mejor mozo que el tuyo, añadió Marfa con viveza.

—Cómo! sin haberlos visto mas que una vez, y á pesar de que por lo visto no se han portado muy decorosamente, hablais de ellos con tanta familiaridad? ¿Pero cómo los habeis visto? ¿No habian cerrado las celosias?

—Las celosias! exclamó Marfa. ¿Me quieres decir para qué sirven? Desde que la hermana Sofía dijo que la estorbaban para ver las notas de la música, se fueron quitando poco á poco, hoy un palitroque, mañana otro, y ahora casi no queda uno entero; bien se conoce que, gracias á lo útil que eres en el taller, te han dispensado de asistir al coro, y solo asistes á la tribuna, sino ya hubieras reparado en que ahora podemos ver la iglesia sin estorbos. Y en realidad, ¿qué falta nos hacen las celosias? A la iglesia no viene casi nunca un alma. ¿Qué peligro hay en mirar á los Santos?

—Ninguno, añadió Phedora en tono doctoral, y por lo tanto me atrevo á pedirte que vengas con nosotras á ver si, como lo espero, vuelven á la iglesia los extranjeros; asi podrás conocer al Bayardo, y sobre todo á mi Czar, cuyos ojos podrán servirte de modelo; de seguro que no has visto jamás otros tan negros, tan grandes y espresivos.

—No seais locas, y acordáos de que vivimos para el claustro y no para el mundo, dijo Escolástica despidiendo á sus amigas; y apenas se quedó sola exclamó suspirando: ¿Qué tengo yo que ver con el mundo? esas niñas hacen mal en hablar con tanta ligereza de los hombres! yo los temo; la Egumena dice que son tan malos! Y pasándose la mano por la frente, como para rechazar una imágen peligrosa, siguió pintando con mas ardor.

Dos ó tres dias despues sucedió que una mañana entró muy temprano en la iglesia, que oscura de suyo, lo estaba mas á causa de la hora y de la niebla. Fuése, como de costumbre, á rezar en la capilla de la Santa titular; arrodillóse junto á las gradas, y apenas se habia santiguado, un ligero rumor que percibió, la hizo volver la cabeza. Cuál fué su turbacion al descubrir junto á ella un hombre cuyas facciones no pudo distinguir á causa de la oscuridad; la sorpresa y el temor la hicieron dar un grito.

—Siento haberos asustado, la dijo el extranjero con voz dulce y armoniosa; perdonadme, y si os causo miedo me retiraré.

Escolástica no tuvo fuerzas para responder, quiso huir, y al hacer un brusco movimiento, se la desprendió el velo que cubria su cándida frente. ¡Válgame Dios! exclamó temblando. ¡Qué presagio tan horrible, se me ha roto el velo!

—¡Oh, cuán hermosa es! dijo el extranjero adelantando un paso, que hizo retroceder á la jóven con espanto; por lo cual, temiendo asustarla, detúvose y dijo: Tranquilizáos, señorita, voy á dejaros, prefiero la privacion al disgusto de veros huir de mí; dicho lo cual salió de la capilla, volviendo atrás la cabeza para mirarla.

En todo aquel dia no pudo Escolástica pintar; su mano temblaba de un modo extraño, y las monjas no pudiendo adivinar la causa de su palidez y turbacion, atribuyéronla á una crisis nerviosa, y aconsejaronla el descanso; sola en su celda, temblaba la pobre niña recordando la terrible aparicion, de la cual ni á sus amigas habló una palabra.

Pocas semanas despues comenzáronse algunas obras de reparacion en la capilla de San Jorge, y fué preciso trasladar el famoso cuadro á una pieza retirada del convento, en la cual solo entraba la Egumena; ésta guardaba la llave.

Murió en aquellos dias la buena superiora, y entró á reemplazarla una monja que tenia poderosas relaciones en la córte del Czar; por esto, y no por su inteligencia, piedad y celo, fué preferida para tan espinoso cargo; la buena mujer tenia una sencillez que rayaba en tontería, bien al contrario de su antecesora; no veia el mal sino cuando tocaba sus resultados.

Esta señora llamó á Escolástica una mañana y la dijo: —Hace cosa de un mes que viene todos los dias al convento un jóven pintor que se halla copiando el cuadro de San Jorge, por mandado de un pariente mio, es persona de mucho respeto mi pariente, y no he podido negarme á que su recomendado saque dicha copia; hoy he tenido carta de mi tio, y me pregunta en qué estado va la pintura, encargándome que vigile por mí misma, ó por medio de alguna de mis subordinadas la ejecucion; pues ha tomado á empeño á la obra salga perfecta.

Como yo entiendo muy poco de pintura, y tú eres la mas inteligente, á mi ver, quisiera que tomáras á tu cargo el exámen y la direccion de la copia indicada; el pintor viene por las mañanas y permanece trabajando hasta la puesta del sol; vé tempranito, y examina los adelantos que ha hecho, antes de que venga el artista; él tiene la llave de la puerta exterior, se la he confiado, porque mi tío me fia la honradez del muchacho: así entra y sale sin que nadie se lo estorbe, pero yo tengo en mi poder la llave de la puerta que comunica con el convento; tómalala, y vé á lo que te digo.

Escolástica obedeció á la superiora, dirigióse á la indicada pieza, y en ella vió un andamio que habia construido el pintor para colocar su caballete á la grande altura en que se hallaba el cuadro.

Subió las gradas, y paróse delante del caballete, recorrió el lienzo que cubria la comenzada pintura, y al verla no pudo reprimir un grito de sorpresa y admiracion; tenia delante de sí lo que se llama una obra maestra, dotada de toda la magia del arte; nunca sus ojos habian visto cosa igual. Absorta quedó un buen rato en muda contemplacion, con las manos cruzadas como si estuviera rezando, el corazon palpitante, y los ojos deslumbrados, como si los hiriese una luz demasiado viva, y casi sobrenatural.

Ya hemos dicho como estaba pintada la imágen del héroe cristiano; la rica imaginacion del artista le habia transformado en un verdadero adalid; el bruto que montaba parecia respirar; el dragon, vencido y todo, daba miedo verle; la tímida Escolástica retrocedió á su vista, y casi tocó su planta el borde del andamio.

—Por todos los Santos del cielo! qué os vais á caer sino teneis cuidado! gritó de improviso una voz, cuyo acento extranjero habia dejado en Escolástica un recuerdo difícil de borrar.

Mas azorada por el sonido de aquella voz, que por el peligro de caerse, intentó bajar del andamio, pero sus rodillas se negaron á obedecerla; una nube oscureció su vista, y casi no vió acercarse á ella un hombre que vestia la humilde blusa del artesano; cuando se recobró del susio, sintió que rozaba sus mejillas un soplo ardiente, y vió dos ojos negros que la miraban con apasionada espresion; no la cupo ya la menor duda, tenia delante de sí al extranjero que habia encontrado en la capilla; miróle como estupefacta, y luego volvióse á mirar el cuadro; el artista la devoraba con los ojos, afanándose por adivinar el juicio que formaba de su cuadro aquella hermosa y cándida virgen, cuyo voto le parecia en aquel momento preferible al de todos los artistas del mundo; mirábala enagenado al observar la delicadeza y espresion de aquellas facciones, iluminadas por los nacientes rayos del sol.

Después de un largo silencio, Escolástica dijo como si hablara consigo misma:—¿Será lícito pintar así á los Santos? este paisaje que se descubre hacia el fondo del cuadro, ¿no es demasiado brillante? ¿la belleza del rostro, la gallardía de las formas, revelan aquí al ciudadano del cielo, ó al habitante de la tierra? Al hombre mundano, al hijo del infierno, que hace salir al dragon infernal del abismo, ó al Santo que le vence y precipita?

Asustada por el eco de su propia voz, callóse, miro al artista, y dijo con voz trémula:—¿Qué debo pensar? ¿Convendrá que me postre y veneré á esa maravillosa imágen, ó debo huir de su vista? Esto no es la copia de aquello, añadió señalando al modelo.

—¿Y cómo queríais que copiára ese cuadro? respondió el artista sonriendo. Nada encuentro en él que merezca reproducirse, fuerza me ha sido apelar á mis propios recursos. En una de mis escursiones al Africa, tuve ocasion de ver á un árabe luchando con un tigre, y bosquejé la escena en mi album; ese grupo está copiado del natural, á eso debe su animacion; la naturaleza, es el mejor estudio, ella es el principio de todas las creaciones del génio; yo lo único que me propuse hacer fué convertir en Santo al árabe, y en dragon al tigre.

—Pero eso es una horrible profanacion! exclamó asustada la discípula de las monjas.

—Profanacion! ¿por qué, señorita? No creo que los Santos se ofendan de que se los pinte segun las reglas del arte!

—Ya! pero darles la figura de un mortal degradado por la culpa!

—Señorita, perdonad, pero yo nunca he podido subir hasta el cielo para ver allí á los bienaventurados, ni en la tierra es fácil hallar un modelo irreprochable; en este claustro, ya es otra cosa, comprendo ahora que los hay.

Escolástica no entendió la galante alusion, pero la satisfizo en parte la disculpa, puesto que redundaba en obsequio de las imágenes que tenian á la vista, sobre las cuales paseó una mirada de complacencia como diciendo:—Vamos, le agradan por lo visto nuestras pinturas!

Entretanto el jóven la miraba en silencio, pero sus ojos hablaban con tanta elocuencia, que acabaron por dar otro giro á los pensamientos de la jóven, que aturdida emprendió la retirada.

Cuando se halló sola en su celda, no podia echar de sí aquellos pensamientos, en los cuales entraban por mucho el cuadro y el pintor, el Santo y el hombre. Hallaba en ambos analogía; los dos tenian ojos negros, boca risueña, ondulantes y negros rizos, fino talle y formas varoniles y agraciadas; igual viveza en la espresion, pero aquella espresion no era la de un Santo. ¿Seria preciso corregir la pintura? Entonces no

habia mas remedio que dar lecciones al artista, y esto era lo que temia y deseaba.

Habló de sus escrúpulos á la Egumena, y la buena señora los desvaneció diciendo: —Es obra meritoria enseñar al que no sabe, quedas autorizada para darle algunas lecciones; esto redundará en provecho del convento, mi pariente puede mucho en la corte, y se interesa por ese muchacho que, segun creo, es hijo de uno de sus siervos. En hacer bien no hay mal ninguno. ¿Verdad?

Lo que si era verdad, es que la Egumena no sabia que hay en medicina un aforismo que puede aplicarse á la moral, y es el que dice: «Mas fácil es precaver los males que remediarlos.»

Respecto al pintor, no pensaba la jóven lo mismo que la Egumena; ella no podia persuadirse que fuera hijo de un siervo: la elegancia de sus modales, los escogido de sus palabras, se avenian mal con esta idea que le colocaba en el último rango de la sociedad.

Escolástica no la conocia, es cierto, pero tambien lo es que las mujeres adivinan ciertas cosas sin conocerlas.

Autorizada para entrar en el claustro donde se hallaba el taller de su discípulo, siguió visitándole, al principio con suma timidez, despues con mas confianza, y siempre con misterio; el amor se complace en guardarle, y Escolástica, sin saberlo, habia caido en sus redes; la Egumena creyó prudente callar su condescendencia, y la niña no contó sus entrevistas con el pintor, ni aun á Phedora. En las horas de trabajo no las estaba permitido comunicarse, y sus amigas creíanla trabajando en su celda.

El artista no hablaba de amor, esto, como se dice vulgarmente, hubiera sido espantar la caza, pero los ojos son mas elocuentes que las palabras, y eso que las suyas lo eran mucho. Con ellas ensanchó, didigámoslo así, ante sus ojos los horizontes de la vida pintándole con bellísimos colores los placeres que se gozan en las populosas ciudades, la hermosura y frondosidad de unos campos mas felices que los de Rusia. Con este motivo le habló de Italia, ese jardín creado por la naturaleza, y que además es el emporio de las artes y las letras, la cuna de los mas grandes pintores, de los mas dulces poetas del mundo. Dibujóle tambien las nevadas crestas de los Alpes, y los risueños valles que se extienden á sus piés; hablóle del hermoso lago de Ginebra, del cristalino golfo de Nápoles. Pintóle con poéticas frases las agitaciones del mar, el ruido y vaiven de las olas, el balanceo de los navíos que surcan las azules ondas con la ligereza de las aves acuáticas.

Todo esto, y mucho mas que la dijo, era muy á propósito para despertar en la sencilla jóven el deseo de ver el mundo, que tan hermoso le pintaba.

Embebida en escuchar las narraciones de su amigo Dimitri, que así la dijo el pintor que se llamaba,

no sentia correr las horas. ¡Pasan tan pronto para los amantes cuando están el uno junto al otro!

Otras veces era Escolástica la que hablaba; á su vez le traducia la leyenda del cuadro de San Jorge, ó contábale ingénuamente las tradiciones maravillosas, esplicándole los asuntos de algunos cuadros que allí habia; estos asuntos, como se debe suponer, nada tenian de profano, pero Dimitri al glosarlos dejábase llevar del vuelo de su imaginacion, y mas de una vez la tímida jóven se tapaba los ojos temiendo ver transformadas en pecadoras á las Santas, ó en emires á los Patriarcas de la Biblia.

Las dos horas que solia durar la entrevista de las dos jóvenes deslizábanse rápidamente, y dejaban á la futura novicia recuerdos para el resto del dia y de la noche; con frecuencia caíase el pincel de las manos, apoyaba en ellas su frente, y quedábase al parecer sumerjida en profunda meditacion.

Un dia, no sabemos con qué motivo, fué al improvisado taller á una hora desusada, es decir, á la caida de la tarde, hora melancólica y favorable á las impresiones tiernas. Dimitri la embelesó con sus narraciones, hasta que las sombras del crepúsculo comenzaron á estenderse. Asustóse la pobre niña cuando, vuelta de su arrobamiento, se halló rodeada de sombras y al lado del hombre que por vez primera se atrevió á estrechar sus manos apasionadamente.

Al otro dia, una timidez muy natural la hizo retrasar la hora de la entrevista, que por lo regular era la que sigue al crepúsculo de la mañana. Cuando llegó á la puerta del claustro oyó una voz estraña que decia:

—Te advierto que ya se me acaba la paciencia; no puedo mas, aquí me mata el fastidio, lo he combatido heroicamente, y despues de haber agotado cuantos recursos se me han venido á las mientes, despues de haber aprendido de memoria las leyendas mas estravagantes, las aventuras que pasaron en las épocas fabulosas de las Emperatrices Ana y Petrowona, despues de haber perseguido á la caza y medido á palmos este desierto, en el cual hasta he pescado con caña y anzuelo, acabo por decirte que ya no puedo más con el fastidio.

El que esto decia era un jóven rubio y petrimetre, que no cesaba de dar vueltas y mas vueltas á un bastoncillo de junco que tenia entre las manos.

—Pues chico, dijo el otro, yo no me aburro, todo al contrario.

—Ya lo creo! repuso el blondo petrimetre, tampoco Abelardo se aburría cuando estaba enamorando á su Heloisa! Pero, dí, hasta cuando piensas que dure tu novela, que así se la llevára el diablo?

—Habla de un modo mas conveniente! olvidas el lugar en que nos hallamos.

—Eso es! Brabo!! embózate ahora en la capa del justo!.. Hipócrita!! Piensas que porque has dado en

la flor de pintar santos, eres ya uno de ellos, y quieres echarla de Apóstol conmigo? Pero es el caso que me sucede lo que al escultor, que como había conocido al santo cínuelo, no podía tenerle devoción. ¡Te ví tantas veces hacer el Amadis y acariciar el tapete verde!!

—Vamos, calla, parlanchin, y sirve de algo, alárgame la pastilla encarnada.

—Ahí va la pastilla, pero quede sentado que aun eres menos santo que yo, y eso que no soy ningún bendito... lo que sí eres muy hábil; has adelantado mucho en la pintura. Chico, el amor es un gran maestro! en Florencia te hizo progresar en la música, en Roma te hizo poeta, en Francia bailarín; á ese paso vas á ser un estuche! Tú mudas de aficiones artísticas como yo de guantes! Pero en resumidas cuentas, aun no me has dicho hasta cuándo ha de durar tu novela?

—Te parece demasiado larga?

—Cáspita, ya lo creo! Hace tres meses que la empezaste, y por lo visto aun estás en el prólogo!

—¡Qué ha de hacer tres meses!

—No? pues echemos la cuenta, llegamos aquí á mediados del invierno, y según dicen estos salvajes, ya estamos en la primavera; yo no lo conozco, pero sé que ha finalizado el mes de Abril, que tras él ha venido Mayo, y que me urge llegar á París antes de que se nos venga el estío encima.

—Pero apurada la cuenta, qué mas da que lleguemos unos días antes ó despues?

—A ti no te dará mas, pero á mí sí me dá, y mucho, hace tiempo que no he visto á mi encantadora princesa de Kunaroff, y es mi adorado tormento, mi única pasión; ya sabes que se cansa pronto de estar en un punto fijo; si no llegamos en breve á París se habrá marchado. ¿Quién sabe adónde? á ignorados climas quizá. No es fácil que se le antoje venir á éste! Aquí nadie viene mas que tú y yo; ¡tonto de mí!... que te sigo como Pilades á Orestes, pero te advierto que á Pilades le corre prisa voltear un poco la ruleta.

—Digna ocupación! exclamó Dimitre encojiéndose de hombros.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.



Esplicacion del grabado de Modas.

El grabado que repartimos con este número representa un sobretodo de entretiempo para señora, que puede hacerse de una tela ligera de lana, de color claro, y cuyo sencillo adorno está reducido á un cordón de seda que guarnece todas sus orillas y aberturas. Estas van además adornadas de botones y presillas de seda, que quedan sueltas al aire, porque no deben abotonarse. Despues de puesto el abrigo y abotonado por delante se coloca el cinturón, que se compone de dos patas ó tiras, de la misma tela que el sobretodo, que se unen y sujetan con un botón adelante y otro por detrás.

En el mismo grabado van las cuatro piezas de que se compone esta prenda, y son: A, *Delantero*; B, *Espalda*; C, *Pieza de lado ó Costadillo* prolongado, y D, *Manga*.

Por ellas, y con el auxilio de la cinta métrica pueden nuestras lectoras, recordando las lecciones que tenemos dadas al efecto, sacar los patrones del tamaño natural.

Este grabado, como verán nuestras lectoras por su título, no corresponde á la EDUCANDA, pero queremos hacer partícipes á sus suscriptoras de las ventajas que disfrutaban las del CORREO DE LA MODA, en el que viene á refundirse la EDUCANDA, aunque conservando su nombre para la debida encuadernación del tomo.

Hoy recibirán las suscriptoras á la edición completa la pieza de música acostumbrada, pero desde Octubre les repartiremos en su lugar un lindo figurín de detalles de Modas, ó sea de sombreros, fichús, gorras, etc., satisfaciendo así los deseos de muchas señoras que nos tienen pedido este cambio.

También enviamos con este número la lámina para bordar en cañamazo que tenemos ofrecida á las suscriptoras por un año á la edición completa, y los seis pliegos de dibujos á las que lo son por igual tiempo á la edición general.



Por lo no firmado

El Directorio Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO 14.

BRUJOLOGIA.

Héme aquí, queridos prógimos, embutido en mi habitacion y con la pluma en la mano. Despues de haber discurrido largo rato (como cinco semanas) sobre elegir una materia que escribiros: apurados todos los recursos de mi pobre mehollo sin encontrar cosa que me agradára para trasladarla al papel, y brotando mi cara gotas de sudor tan gordas como avellanas, al fin encontré cosa que fuese de mi agrado porque no siempre se ha de hablar de ramos científicos, ni serios; de vez en cuando pega bien su dosis de guaza, arate, plomo ó como quiera llamarse, pues en esta tierra de bendicion hay muchas palabras distintas con que indicar un mismo pensamiento.

Voy á trataros de un asunto sobre el que nuestros sencillos abuelos gastaron sendas libras de saliva, no voy á pegar nada menos que con las brujas, duendes, fantasmas, asombros, encantamientos y demas cáfila de paparruchas que ahora medio siglo arredaban á los hombres y en el dia no son temidos ni aun de los niños. Sí, amados prógimos; aquí hallareis cosas estupendas: hélas á continuacion.

Cuántas veces *in illo tempore* presenciaron las viejas el imponente acto de descolgarse una bruja por la chimenea cabalgando sobre una escoba! Millares de ocasiones las vieron por los aires á guisa de bandadas de estorninos tocando las zambombas, las panderetas y las carrañacas! Qué grata sinfonia! Y cuando los duendes vestidos á la española antigua salian del sumidero, se zampaban en la cocina y rompian los platos jugando con el almirer? Y cuando una familia aterrada desalojaba una casa y al llegar á la nueva con el cargo de los muebles veian al duendecito encaramado en lo mas alto diciendo *aquí vamos todos?* Y cuando se vestia de frailecito? Y si yo os dijera que todo esto era una pura bola? Quizá alguna tabacosa y asmática vejancona que lea ó escuche estos renglones dirá encolerizada y con vos cascarrieta. No se como no cae fuego: mire usted lo que se niega en el dia... judíos!... incrédulos!!..

Pues y las fantasmas? dónde vamos á parar con tales fenómenos?... Estas segun descripcion hecha por personas muy versadas en la ciencia fantasmagórica, tenian muy gorda la cabeza, despedian por los ojos rayos de luz, su

NÚMERO 41.

estatura corpulenta, andar macilento, su voz lánguida aterradora y confusa, el ropage negro ó blanco y mal dispuesto ó ataviado. Verdad es que habia fantasmas, pero sabemos quienes eran y cual su fin; amores, robos, contrabando etc. Pues á dónde se dejan los encantamientos y las hechiceras? Contábame mi abuela en sus ratos de buen humor que aquellas hacian cosas tan sosprendentes con sus oraciones y polvos, que yo me rio de los mejores químicos de nuestros dias, porque las dichas hechiceras con un devanador de hilo, un bote de mantequilla elaborada en una holla nueva con las quijadas y el rabo de un gato negro, se trasladaban á Pekin ó á la Transilvania mas pronto que el pensamiento, y á cualquierale adivinaban el secretomas recóndito. Pues y los encantamientos? qué tiempos tan ilustrados!... Pero por qué me refiero á los anteriores? En este siglo, en este mismo año; en este mismo mes... hoy mismo... en este momento, se está hablando en cierto pueblo próximo á Sevilla de la aparicion de unos diablos muy negros y muy feos, y pocos dias há en el mismo punto dicen que vieron un fantasma: un alma del otro mundo!...

El Señor nos libre de tantos impostores que tan descaradamente se han burlado y aun pretenden burlarse de sus semejantes haciéndoles creer tales absurdos. Pueblos! (hablo solo con algunos) cuando despejareis esa espesa niebla que teneis delante de los ojos!...

M. A. BENAVIDES.

POESÍA

DEDICADA A MI AMIGO
don Serafin Adame y Muñoz.

LOS DOS ARTISTAS.

Salud, Genio, salud; yace la muerte á tus plantas llorando tu victoria, quiero en la tierra padecer tu suerte por alcanzar tu deslumbrante gloria.

Es el artista un sol que se levanta sobre el mundo, y eterno resplandece; en la virtud su cumbre se abrillanta, y en el rostro del crímeo se ennegrece.

Y allá en el trono cuya lumbre para los seres engalana y hermosea, descorre el velo á la celeste altura, para que el mundo á su monarca vea.

JUEVES 8 DE NOVIEMBRE.

al mundo juntas á estamparse van:
y cien eternidades trascurridas
tambien consuelo y maldicion serán.

Sonó mi voz: generacion dormida,
siglos pasados, muertos universos,
si allá en la nada suspirais por vida
venid, sonad en mí sentidos versos.

Versos, que son mi alcázar soberano:
alcázar, cuyo rey es el poeta:
cuanto escribe en sus mármoles mi mano,
con emocion la eternidad respeta,

Versos que el mundo en su inmortal carrera
los oye caminando y los admira,
y nuevo sol de su esplendente esfera
giran sobre él los sonos de mi lira

Y creo en el Dios, que en la celeste cumbre
rodar los mundos á sus plantas mira,
porque los rayos de su eterna lumbre
reflejan en los rayos de mi lira.

Y aun ese Dios á mi solemne canto
le debe parte de sus altas glorias,
no se admirará por los hombres tanto,
si el vate no cantára sus victorias.

Es mi asiento la tierra envilecida,
corona de mi frente es el espacio,
la vida de los tiempos es mi vida,
la memoria del hombre mi palacio.

III.

Dijo, el pintor conmovido
sorprendido

miró á su alrededor en vano,
sintiendo que de su mano
el pincel se habia caido.

Con la alta luna esplendente
vió el torrente,
que á sus plantas murmuraba,
que despacio lo llevaba
en su límpida corriente.

ADELARDO AYALA.

POBRES Y RICOS.

En su lugar insertamos el anuncio de la
lujosísima obra que está dando á luz la So-
ciedad literaria de Madrid; nada decimos de
tan interesante obra hasta que háyamos lei-
do tres ó cuatro entregas para emitir con
justicia é imparcialidad nuestra opinion. Por
ahora solo recomendamos á los amantes de
la literatura el que se suscriban á una obra,
que como todas las de la Sociedad literaria,
encierran un interes político y moral,

LONGEVIDAD.

La vida es un pasajero tránsito en el mun-
do: cuando uno en el dia pasa de setenta
años nos admiramos, entonces en lo general
presenta ya la naturaleza humana un cua-
dro harto lamentable de miseria y de des-
trucción, anuncios seguros del cercano tér-
mino de la vida. Los fenómenos de aquellas
personas que han escedido de cien años, es-
cita nuestra admiracion: algunos de estos fe-
nómenos se han repetido en todos tiempos
sin hacer mención de los antiguos patriarcas
que contaron siglos de existencia, ni de
otros en épocas posteriores, como el estra-
ordinario caso de Saturnino, gobernador de
Roma que murió de ciento noventa y tres
años, vamos á presentar á nuestros lectores
una longevidad que la hacen sorprendente sus
circunstancias particulares. En 30 de setiem-
bre de 1678 se dió sepultura en la iglesia
parroquial de S. Lorenzo al presbítero D.
Juan Ramirez de Bustamante, natural de es-
ta ciudad; estuvo casado cinco veces, y ben-
didas sus legítimas uniones con la numero-
sa prole de cuarenta hijos. Hizo frecuentes via-
jes á las Américas, en donde se instruyó con
perfeccion en siete idiomas de los indios: fué
buen escritor y excelente poeta, estudioso y
de talentos nada comunes. Siendo de noventa
años, cuando el que tiene el raro privi-
legio de llegar á esta edad, se ve reducido á
casi una completa imbecilidad, fué cuando
Ramirez de Bustamante pensó abrazar el es-
tado eclesiástico; recibió todas las órdenes sa-
gradadas hasta llegar al sacerdocio: diaria-
mente celebraba el santo sacrificio de la mi-
sa, y asistia con celo y constancia á los ofi-
cios divinos, y á cuantas funciones religiosas
se celebraban en la iglesia de su asignacion:
la robustez, el vigor, y la maravillosa agilidad
que conservaba, prometian que este hombre
extraordinario seria inmortal; la desgracia
de dar una fuerte caída, le originó su pre-
matura muerte al cumplir ciento veinte y un
años.

J. M. G. y Cabrera.

LA FLOR DEL AGUA

▲ ▲ SEÑORITA DOÑA ROBERTIANA ARMIÑO.

¿Por qué tiembla?—no lo sabe.
¿Qué aguarda en el lago?—nada,
De las aguas enlazada
A los hilos su raiz,
El movimiento suave
De la linfa vá siguiendo,
La cabeza sumergiendo
Del agua al menor deslíz.

Así la halló la alborada,
Así la encuentra el lucero,
Siempre el esfuerzo postrero
Haciendo para vogar,
Y en las olas la encallada
Vaga y frágil navecilla,
Sin poder la florecilla
Impeler ni abandonar.

Movimiento que no cesa,
Ansiedad que se dilata:
Ni el agua que sus piés ata
Sostiene á la débil flor,
Ni deja, en sus algas presa,
Que vaya libre flotando;
Quiere que viva luchando
Siempre en continuo temblor.

¡Ya se inunda!... ¡ya se eleva!
¡Ya la corriente la traga!
¡Ya navega! ¡ya naufraga!
¡Ya se salva! ¡ya venció!
¡Ya el agua otra vez la lleva.
En sus urnas sepultada!
¡Ya de nuevo sobrenada
En el agua que la hundió!

Flor del agua ¡cuántas flores
Viven en paz en la tierra!
Sola tu vives en guerra
En tu acuático jardín:
Te dá la lluvia temores,
El manso pez te estremece
Y tu belleza perece,
Sin gozar descanso al fin.
Robustina, flor del lago,
Por amante, por cantora
Has venido en mala hora
Con tu lira y tu pasión;
Que en el siglo extraño y vago
A quien vida y arpa debes
Donde quiera que la lleves
Fluctuará tu corazón.

Que las cantoras primeras
Que á nuestra España venimos
Por solo cantar sufrimos,
Penamos por solo amar.
Porque en la mente quimeras
De un bello siglo traemos
Y cuando este siglo vemos
No sabemos dó vogar.

Las primeras mariposas
Que á la estacion se adelantan
Y su capullo quebrantan
Sin aguardar al abril,
Nunca saben temblorosas
A dónde fijar las alas;
Siempre temen que sus galas
Destroce el aire sutil.

Las ráfagas las combaten,
Las estrañan los insectos,
Y de giros imperfectos
Si cansado el vuelo ya
Sobre las plantas abaten
Buscando el capullo amigo,
Hallan que néctar ni abrigo
La flor en boton les dá.

Las orugas, que encerradas
Aun están en sus clausuras,
Mañana al campo seguras
Podrán sus alas tender;
Mas aquellas desdichadas
Que antes cruzan la pradera
Morirán, la primavera
Risueña sin conocer...

¿Cuál es tu barca?—Una lira.
—¿Que traes en ella?—Sonidos.
—Vuélvete que no hay oídos
Para tus sonos aquí:
Vuélvete, jóven, y mira
Si en tu barca mas sonoro,
Puedes trasportarnos oro,
U otro cargamento así.

¿Quién te llama? ¡a qué nos vienes
Con peregrinas canciones?
El trueno de los cañones
Del siglo el concierto es;
Y en vano sus anchas sienas
Pretendes ceñir de flores
¡Ay! sus piés destrozadores
Hollarán cuantas les dés!

Vienes de nuevo, alma mía;
¿Qué traes en la barca?—Amores.
—Torna á otras tierras mejores,
Torna el camino á emprender;
Si es oro nuestra poesía
Vuestros amores son nada,
Vé si la nave cargada
De cetros puedes traer.

Que, si no de amor, tenemos
Tan elevadas pasiones
Que sentimos ambiciones
De un cetro cada garzon,
Y cada garzon poderas
Con nuestros génius profundos
Media docena de mundos
Fundir en una nacion.

¿Otra vez? ¿que traes ahora?
Siempre en el mismo camino
Sobre el cauce cristalino
En su barquilla la flor:
Así la dejó la aurora,
Así la encuentra el lucero
Siempre en el afan primero
Siempre en el mismo temblor.

Rubustina, flor del lago,
Por amante, por cantora,
Has venido en mala hora
Con tu amor y tu cantar;
Que en el siglo extraño y vago
A quien vida y honra debes
Donde quiera que la lleves
Puede el alma naufragar.

Mas escucha, no estás sola,
Flor del agua, en el riachuelo:
Contigo en igual desvelo
Hay florecillas tambien;

Que reluchan contra el ola,
Que vacilan, que se anegan,
Que nunca libres navegan
Ni en salvo su barca ven.

Pero enlazan sus raices
A la planta compañera,
Y viven en la ribera,
Sosteniéndose entre si.
Y cual ellas mas felices
Desde hoy serán nuestras vidas
Si las pasamos unidas,
Hermana, las dos así.

Carolina Coronado.

SERENATA.

Dulce luz de mis ojos,
Prenda del alma,
Mas que naciente rosa
Pura y galana,
Mágico ensueño
De quien te quiere, niña,
Cual yo te quiero;
Si por dicha recuerdas
Las gratas horas
En que amor me juraba
Tu dulce boca,
Dime si piensas
En aquellas de amores
Perdidas prendas.
Bien haya la ventana
Que tantas noches
Fué llamado testigo
De tus amores,
Rita, ¡bien haya
Testigo que vió tanto
Sin decir nada!!
Cuántas veces en ella
Tu voz amante,
Al compas escuchaba
De las canales,
Y me iba luego
Diciendo aunque mojado:
¡Cuánto la quiero!
¡Cuántas otras el astro
De los que aman,
En tus ojos azules
Se reflejaba!
¡Cuánta ternura!
¡Cuántas veces me han visto
Por ti á la luna!
Mas ¡que mucho te amase!
Si son tus gracias
Tales, que no hay acentos
Para contarlas,
¡Cándido hechizo,
Pura flor...en los tiempos
Que lo hayas sido!
Dices que no te quise,
Rita, te engañas,
Te amé como á las flores
Las sueltas auras;
Aun hoy me alegras
Como en noche de invierno
Dolor de muelas.
Al clavel encendido,
Gala de mayo,
El aroma y colores
Robó tu lábio...
¡Ay, cuántas veces...
Llamé á tus dientes perlas
Aunque eran dientes!
Bellacos los que afirman
Que es tu inocencia
Tan verdad cual que el olmo

Produce peras.

¡Que mal conocen
Los inmensos tesoros
Que entíse esconden!
Dichosos los que alcanzan,
Luz de mi vida,
De tus húmedos lábios
Blanda sonrisa.
Y mas fortuna
Si por hablarte, luego
Cogen rehumas.
¡Cuanto niña te quise,
Cuánto te quiero!
Helar mi amor no pudo
Todo un invierno;
Y no es tan malo
Un amor que resiste
Diez constipados.
Dicen que Anton te quiere;
Casate, Rita,
Y cual tantos amores
Mi amor olvida;
Que Anton es rico
Y tiene buenas dotes
Para marido.
Vivirás muy contenta;
Tal es su génio,
Que sufrirá en el mundo
Por ir al cielo;
Pues diz es llano,
Que allá suben derechos
Todos los mansos.
Adios, niña inocente,
Recuerdo yago
De la mujer que un tiempo
Quise yo tanto.
No en valde creo
Por el amor nos pintan
Un niño ciego.

Juan A. de Viedma.

SOLUCION A LA CHARADA ANTERIOR

ZAMORA.

CHARADA

Primera y segunda son
un mueble de mucho uso
entre el español y el ruso,
en la Grecia y el Japon.
Tercera y cuarta se llama
la mitad de los nacidos,
aunque con cinco sentidos
la otra mitad á esta ama:
Prima y terciá dan el nombre
de una casa de recreo,
donde vive, segun veo,
sin dolor ni pena el hombre:
Cuarta y primera juntad
y hallareis un apellido
como el sol esclarecido.
por que es sol de libertad,
y si el todo ansiais saber,
buscad una alhaja bella
que en lo mas alto descuella
del pecho de la mujer.

A MI HIJA EMILIA

Emilia, sol del alma, hija querida,
Cuando eras mi placer en este suelo
Abandonaste tan amarga vida...
La patria es de los angeles, el cielo.
Hoy solo es tu recuerdo mi alegría,
Lloro y bendigo á Dios porque és preciso,
Ruega nos dé la dicha Emilia mia,
De hallarnos en su santo paraíso.

Cándido Maria Costilla.

Barcial de la Loma, 20 de febrero de 1859.